

EL LOBO (ASILVESTRADO) DE LA SEMANA

**TREVIJANO,
GAMACHO,
DORRONSORO,
ALONSO**

Y SIGUEN LAS FIRMAS



La protesta de Caperucita

YA está, el bosque se ha quedado en calma, ya se van los pastores a Extremadura, y los rojos a la cárcel, ya se queda la sierra triste y oscura.

Eran unos lobos asilvestrados que pedían nada menos que la democracia, con sus grandes aullidos nocturnos, y ahora son unos lobos a rayas, porque están presos, o sea, que el lobo se transforma en cebra —prodigios de la democracia orgánico-centrista—, y ya pueden ir los niños a verles a través de las rejas, en plan safari park. Los papás llevarán a sus niños de la mano y les darán una lección de cosas:

—Mira, hijo, eso que ves ahí no es un lobo asilvestrado, sino un demócrata malo, que se ve así, reducido a cautividad, por su condición de alimaña. Los demócratas buenos somos los que andamos por la calle con la cabeza muy alta.

Andaba el bosque alborotado con esta manada de lobos que cometían toda clase de tropelías, como firmar cartas, pedir permisos, hacer reuniones y rezar por la democracia. Pero el señor guber-

nador de «Furtivos» ha dado una batida y ya los tiene a todos colgados de una viga, en su despacho. Qué paz se respira aquí ahora, qué silencio, qué céfiro. Se están tan bien aquí que no se pué aguantá. Si parece un cementerio.

Dice el rojo, mientras pinta la pancarta para el primero de mayo, que encierran a los comunistas y sueltan a los socialistas para minar la unión de las izquierdas. Dice la abuela que eso son sutilezas y digo yo que la tele, puesta a cazar brujas, ha cazado entre ellas un ministro, y eso que el señor Areilza no va de escoba y pañoleta a sus jiras europeas, sino que suele volar en Iberia para llegar antes. Claro que igual le daba llegar después, para el caso que le hacen. Y menos ahora, con toda la oposición, incluso la de derechas, en la cárcel. La democracia española ha muerto a los cien días de no haber nacido. El rojo le ha cavado una fosa en el jardín y la abuela se ha puesto de velito. Luego hemos ido los tres a entregarnos a la Dirección General, en señal de solidaridad, pero la cola llegaba hasta el Cristo de Medinaceli. ■ U.

La regañina de la abuelita

JESUS, Jesús, y que gran sucesos hemos visto en el bosque, y yo con estas humedades de abril que tan malas son de salir, ya no sé quién me valga, Jesús, Jesús, que me han cazado a los lobos de la coordinación y el disgusto se me aposenta en los huesos reumáticos, que la especie del lobo demócrata se extingue y la raposa bunkeriana y combatiente nos roe las entretejas, ay don Samaniego, venga usted y díganos que esa fábula no es verdad, qué cosas, doctor Rodríguez de la Fuente, qué cosas. Ni que fueran gallinas luteranas estos lobos de la familia de los lupus liberalis, hermanos de aquel colmillo blanco de don Jack London, todos ellos platajuntados en oposición civil a los siete mil enanitos comandados por Roberto Alcázar y otras Pedrín, el Trevijano, el Camacho, el Tamames, y tantos más, puesto en la jaula me los han, que imposible a quien tiene buenos oficios estar sin enemigos, que los tratan como hugonotes y perdularios, hijos, los mis hijos, a questo ha de

llevarme a la huesa. Mira cómo gimen la Caperuza y el furtivo, pobricos, y aun el rojo ha enflaquecido como si le hubieran chupado brujas, en pura entelequia de horda me lo han dejado, que ya hasta en la faltriquera me cabe el subversivo, incluso en la trompa de don Falopio. Malos vientos, hijos, el bosque torna a ser inalterable por naturaleza, que nuestros antepasados a pulgadas y nosotros a brazadas, el palo y tente tieso quiero decir, y en el cielo las estrellas, mira tú lo que inventan las hormigas atómicas para hacemos la puñeta. Y más que no les dieron de cenar en la mazmorra, que yo aquí me traigo estos torreznos por si hubiese caso y no desfallezcan los cuitados, que ya me estoy cabreando con tanto bunker y tanta leche, santa Eulalia de Mérida me ampare, que la libertad es como un viento fuerte que lleva a los hombres a su sitio, y a veces es la fría mazmorra. Y no digo más, que a esta vieja bien podría el viento llevársela. ■ L.



La perdigonada del cazador

LA verdad es que en los últimos tiempos el bosque se había puesto como en día de romería. Los ojeadores hicieron sonar las trompas y los cuernos de la tolerancia y ante esa música entre celestial y wagneriana los lobos de toda índole se confiaron. Primero con timidez instintiva, luego asomando el hocico de caucho, después, espolvoreando el bullerengue los lobos democráticos abandonaron las madrigueras con la Declaración de Derechos Humanos en el sobaco y comenzaron a formar corros para ensayar la libertad. En los primeros días aquello

yendo uno a uno, así se ha diezclado esta romería democrática.

Cuando los cautos lobos, de la especie de los junteros y los lobos menos clandestinos, de la especie de los convergentes, lograron reunirse al fin a la sombra de una encina para coordinar las dos manadas, las trampas y los cepos se pusieron en función. Llegaron entonces los guardajurados de la reforma, este lobo quiero, este no quiero, este me lo trinco, este lo dejo, y realizaron una tria según el programa de mano. La Caperuza troskoerótica y la Abuela proustiana contemplan el pano-



parecía un festín, un festival, una alegre y confiada cuchipanda de pactos y reuniones en los claros de la arboleda. Pero previamente los guardajurados de la reforma habían trabajado bien. Nadie podía sospechar que en un proyecto concienzudo el bosque, antes de sonar las trompas de la tolerancia, había sido preparado ecológicamente para lograr el equilibrio de las especies políticas: se montaron cepos, se armaron trampas, se cavaron fosos disimulados con ramaje, se sembró entre jaras y cantuesos con carnaza envenenada. Y así han ido ca-

rama de esta cacería selectiva con asaz preocupación y me han hablado de que intentan manifestarse en señal de protesta y echar de paso unas voces por la amnistía. Yo les he dicho que muy bien, pero que vayan preparando las pólizas, que rellenen los formularios, que se pongan escapularios y detentes y que lleven cirio o pendón. Y que a la hora de transitar por el bosque que miren donde ponen los pies, porque el suelo está plagado de cepos zorreros para totalitarios y en una de esas se pueden ver con la pantorrilla atrapada y en lo alto las estrellas. ■ V.

